





QUIÉN PILLÓ  
AL BOBO FERROZ



Sergio Vera

# QUIÉN PILLÓ AL BOBO FERROZ



Primera edición: Septiembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Sergio Vera

© Fotografía del autor: Eva Olaya

© Ilustración de portada: Helena Valenzuela Widerström

IG: @lazy.robot

ISBN: 978-84-948423-6-8

ISBN digital: 978-84-948423-7-5

Depósito legal: M-29013-2019

Libros que no muerden

c/ Marcenado 14

28002, Madrid

IG: @librosquenomuerden

editor@flandes-editorial.com

www.flandes-editorial.com

Impreso en España

*A mi abuela, mi hada madrina, la  
persona más encantadora que nunca ha  
habido una vez;*

*A mi padre, por dejarse los ojos para  
que su hijo no fuera un bobo feroz;*

*A mi madre, por saltar como una loba  
sobre todos los cabritillos del mundo.*

*Y a Ana Martínez, David Jasso, Car-  
los Bassas, Antonio G. Iturbe, Carlos  
Salem y todos los amigos que han hecho  
posible que esta historia tenga un final  
feliz, en tus manos.*







Lo digo alto y claro, en mayúsculas y subrayado:  
TE ODIO.

A TI y a todos los mocosos como tú.

Sois todos unos cabritillos.

Todos.

Del primero al último y del último al primero.

Todos.

Y tú también. Fijo. Así que no pongas cara de cor-  
derito, que a mí no me la das.

Y ni se te ocurra moverte. Las manos sobre el libro, donde pueda verlas.

Así me gusta. Que el cuento es muy viejo y ya me lo sé:

«Lobo conoce cabritillos. Cabritillos tocan hocico a lobo. Y en nada, en cuatro párrafos mal contados, ¡zas! Lobo frito».

Como le ocurrió a mamá.

Y a mí.

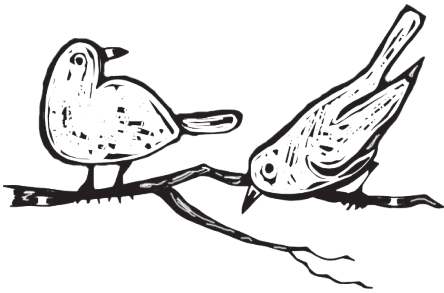
¿Cómo? ¿Que no sabes de qué hablo?

Entonces, ¿a qué esperas? Investiga mi historia con lupa, como un cuentective, y trata de resolver el misterio de descubrir quién me pilló.

Quién pilló al lobo feroz.

PRIMERA PARTE

SIN FINALES FELICES,  
NO HAY PERDICES



## PRÓLOGO

# LA HISTORIA DEL BOBO Y LOS SIETE CABRITILLOS

Mamá siempre decía que los lobos no somos feroces, que las historias que cuentan sobre nosotros no son más que cuentos. Embustes para que todo el mundo nos tema y nos odie por ser de una especie extranjera.

Decía que los lobos no somos malos, solo bobos vagos que no hemos querido estudiar. Por eso, nunca hemos podido escribir nuestra versión de la Historia, defendernos de todos esos cuentistas que aseguran que somos peligrosos solo por ser inmigrantes.

Como ves, mamá no tenía nada de boba. Era una loba más lista que el hambre. Pero tuvo que dejar los estudios y ponerse a trabajar para que yo no fuera un bobo muerto de hambre.

Trabajó mucho y desde muy joven.

Porque me tuvo muy joven.

Y muy sola.

Mi padre era un lobo de mar, nos abandonó. Mi padre y el resto de la manada, así que ella y yo siempre fuimos lobos solitarios.

Barriendo y barriendo suelos todo el día, todos los días, para que su Quentin pudiera ir al mejor colegio de Valdecabras. Y cuando llegaba a casa, antes de caer rendida en el sofá, me decía:

—Aprende todo lo que puedas, Quentin. Por mí, por todos mis compañeros, y por ti primero. Y cuando seas mayor, hazte narrador. No dejes que publiquen más cuentos sobre nosotros.

Pero había un pequeño problema: a mí no me gustaba estudiar. Solo leer cómics.

Y, desde luego, no quería ser narrador. Quería ser superhéroe, como Lobežno. Ser un tipo duro, con garras indestructibles y muy malas pulgas.

Ser muy duro, porque yo de pequeño era enano. El más canijo de mi clase. Hasta el más renacuajo de los siete cabritillos me daba capones con la barbilla... ¡No te rías!, ¡no tenía ni pizca de gracia! Los muy cabritillos me daban capones, día sí, día también.

Y encima, en lugar de garras indestructibles, tenía gafas. Unas gafas de culo de vaso que se rompían cada dos por tres.

Casi con mirarlas.

Sobre todo si las miraban los siete cabritillos, y se les antojaba jugar conmigo.

Jugar al *Lobobito* ciego.

—*Lobobito, lobobito*, ¡qué ojos más grandes tienes!  
—balaban.

Y en un abrir y cerrar de ojos, ¡abracadabra, pata de cabra!, las gafas habían desaparecido de mi vista.

Y mi vista, de mis ojos.

Entonces salía corriendo tras ellos... Nunca les pillaba. Eso sí, como no veía ni torta, se me daba muy bien dárme las. Torta detrás de torta, una detrás de otra. Y cuando me cansaba de perseguirles, me cantaban:

*Corre, corre, cabritillo,  
corre, corre, que te pilló,  
aunque sea un lobo bobo,  
soy un bobo muy muy lobo.*

*Y estaré medio cegato,  
¡pero te pilló y te mató!  
Y como nunca me lavo,  
tengo pulgas en el rabo.  
Que si te haces mi amigo,  
¡Se irán a vivir contigo!*

A pesar de lo chinchos que eran esos cabritillos, yo nunca me picaba.

No tenía las malas pulgas de Lobežno.

Eran buenas, muy buenas pulgas. Las echo de menos.

Lo que sí tenía era miedo. Miedo de salir al recreo y encontrarme con los siete cabritillos. No entendía por qué se metían tanto conmigo. Yo era un lobo muy bueno, manso como un cordero.

Un cordero con piel de lobo.

Pero no me quedaba más remedio que salir al patio. La maestra Subira no me dejaba quedarme en clase.

También sentía pena. Pena de mí mismo. Todos veían cómo me acosaban, pero miraban hacia otro lado. Para mí eran igual de cabritillos. Y muchos días salía llorando de clase, de pura impotencia. Y eso me hacía sentir vergüenza. Vergüenza porque mamá descubriera que su único hijo, el hijo por el que había renunciado a todo, no era más que un lobo bobo y gallina.

Por eso no dije nada. Nunca. Hasta que un día, el peor de mi vida, mamá lo notó. Y por más que traté de negarlo, no tuve más remedio que contarle la verdad.

Saltó como una loba. Nunca la había visto así. Inmediatamente fue a hablar con la maestra.

¿Te hizo caso a ti?

Pues a mamá, menos. Al fin y al cabo, era una loba. Y los siete cabritillos, hijos de quién eran... De



Cabra Solán, la loca del pueblo. Tan loca, que si se te iba la olla decían: «¡Estás como una cabra!». Como una cabra, sí, pero una cabra forrada. Era la dueña de Leche Solán. De Solán y medio Valdecabras.

Después de hablar con la maestra, mamá volvió todavía más enfadada. Juró que aquellos cabritillos no se saldrían con la suya, como que se llamaba Débora.

Y se marchó.

Fue la última vez que la vi.

Pero al día siguiente, la vio todo el mundo. Su cuerpo flotando sin vida en el Colorado, con la tripa llena de piedras fue portada del Había una vez:

### «CABRA SALVA A SUS HIJOS DEL LOBO FERROZ»

No podía dejar de llorar. Me sentía terriblemente culpable. Si hubiera tenido la boca cerrada, nada habría pasado. Si no hubiera sido tan gallina, mamá seguiría viva.

Cuando me quedé seco, leí el resto del cuento.

Y la tristeza se convirtió en indignación.

¡Mamá no era así! Jamás habría sido capaz de zamparse a esos cabritillos, como decían esos cuentistas.

Además, si fuera cierto, no estarían vivos. Por mucho que Cabra los hubiera rescatado de la tripa de

mamá. Si alguien te come, luego no puedes salir de su panza como si tal cosa. Eso lo sabía hasta un bobo como yo.

Lo dije. Lo dije una y mil veces. A todos, a todos los que quisieron escucharme.

A nadie, porque nadie me hizo caso.

Nadie investigó.

Ni siquiera se dieron cuenta de que era una hembra, una loba.

Después de todo, ¿a quién le importa un lobo muerto?

Y así es como se escribió el cuento. Y cómo el cuento pasó a la Historia.

En cuanto a mí, como no tenía familia, me llevaron a Nunca Jamás, un internado para huérfanos a las afueras de Cuentown.

Ese día me juré que estudiaría mucho. Me mataría a estudiar si hacía falta, pero haría realidad el sueño de mamá. Me haría narrador, para que no se publicase ni un solo cuento más sobre nosotros.

Qué iluso.

## CAPÍTULO I

# UNA IMPRESENTACIÓN DE CUENTO DE HADAS

*En un lugar tan maravilloso que lo llamaron «Cuentown», había una vez un lobo llamado Quentin. Un lobo más marrano que los tres cerditos. Más mentiroso que Pinocho. Y feroz... feroz como solo un lobo puede serlo. Un día, Quentin...*

¿Pero qué me estás contando, tío? ¿Qué es ese cuento de que «Había una vez un lobo llamado Quentin»? ¡Si estoy vivo y coleando!

Oiga, ¿quién es usted? ¿Quién le ha dado permiso para interrumpir mi narración?

¿Cómo que quién soy yo? O sea que me pones verde, ¡y ahora no sabes ni cómo me llamo!

¡Ay! Mi querido Quentin, discúlpeme, es un placer conocerle. Me llamo Sergio Vera Valencia y soy el narrador de su historia. No había hecho más que presentarle...

¿Presentarme? ¿A eso le llamas tú «presentación»? ¡A mí me parece una *impresentación*! ¡Una presentación impresentable!

¿Y eso por qué, mi querido amigo?

¿Cómo que «¿Y eso por qué?»?... ¿Y desde cuándo somos amigos?

Relájese, es solo una forma de hablar...

¿Cómo quieres que me relaje? ¡Si antes de empezar ya me has llamado guarro! ¡Y sin venir a cuento! ¿Tú quién te has creído que eres?

*El narrador, ya se lo he dicho. Soy «el narrador». Y me pagan para eso. Para contar su historia con la mayor fidelidad posible.*

¿Narrador, tú? ¡Pero si tienes más cuento que Calleja! ¡Mientes más que escribes! Porque yo no tengo nada de guarro. Na-da, ¿entiendes?

*Me temo, mi querido amigo, que más que de guarro, de guarrísimo.*

¿Guarrísimo, yo? ¡Si me lavo todos los días!

*¿Todos los días? Una vez al año y porque no hace daño, mi querido amigo.*

Estooo... ¿Y qué culpa tengo yo de que me hayan cortado el agua? Ejem... Bueno, vale, no soy Don Limpio, pero no me vengas con historias, ¡que me has comparado con ese trolero de Pinocho! ¡Y aquí el único cuentista eres tú!

Ahí quizá me haya excedido, mi querido amigo. Perdona si le he ofendido...

No pasa nada, hombre. Ven aquí, hagamos las paces y tan queridos y tan amigos como siempre.

Se lo agradezco, señor Quentin, se lo agradezco, pero...

Ni peros ni peras. Venga, no seas tonto, que conozco yo un remedio infalible para la *cuentitis*, que es la leche: la leche de lobo.

Yo lo siento, lo siento de corazón, pero tengo que marcharme...

¡No corras, cobarde! ¿No sabes que los mamíferos necesitamos mucha leche para crecer? Y yo solo te voy a dar un poquito, para que la pruebes. Para que veas que los lobos no tenemos tan mala leche como dices. Además, va muy bien para los huesos... ¡Para romper huesos!

¡PUM! ¡PAS! ¡AUU!

¿Qué te ha parecido eso? ¡Así aprenderás a no echarle tanto cuento a la vida!

¿Por dónde íbamos? Casi que mejor empezamos de nuevo, ¿no te parece?

Venga, ¡repetimos!